

CAPITULO XXVI.

Muere flechado entre Ameca y Etzatlan el P. Fr. Antonio de Cuellar; descúbrese una general convocacion, que obligó á los nuestros á fortificarse; dan los indios en Gnadalajara, y en la batalla una mujer corta la cabeza á un indio.

1. No cesaban los indios en toda la Galicia de dar sus acometidas, y desamparaban sus pueblos (comun señal de alzamiento). Pasó el P. Fr. Antonio de Cuellar al pueblo de Ameca, que á costa de mucho trabajo habia fundado, y hallándolo sin gente, disimuló la maldad que conoció, y mandó á llamar á los que pudieron ser habidos; unos vinieron y otros no, díjoles misa, y pasó para el pueblo de Etzatlan, y en la sierra que media, le salió un capitanejo con algunos indios, y comenzaron á tirarle flechas, de las que tres le dieron en el rostro enterrándole una por la boca con tanta fuerza, que salió la punta al cerebro; acompañábanle cuatro indios que se pusieron en fuga, y unos fueron al pueblo de Ameca, y otros al de Etzatlan á pedir socorro, y de ambos pueblos salieron, aunque mas presto los de Ameca, quienes hallando vivo á dicho padre, procuraron conducirlo á su pueblo, y trataron de curarle; mas no fué posible, y así dió la alma á su Criador, viérnes doce de Agosto, de dicho año de quinientos cuarenta y uno, asistiéndole el P. Fr. Juan del Espíritu Santo; y aunque los de Ameca resistian se llevase el cuerpo á enterrar al pueblo de Etzatlan, pudieron mas los indios de dicho pueblo, y le condujeron y dieron sepulcro junto á su compañero Fr. Juan Calero. Estas muertes con-

virtieron á un soldado, que deseando imitarles pasó á Michoacan, en donde se entró de religioso de N. P. San Francisco, y en cuyo estado trabajó en la conversion de infieles en compañía del mártir Fr. Francisco Lorenzo, y se llamó Fr. Miguel de Estivales.

2. Cuando ya se hallaban los de Guadalupe con el consuelo del socorro de México, vieron una escuadra de mas de cien indios armados, que apresuradamente se acercaban á la ciudad, y al punto mandó Oñate que Francisco Delgadillo, con los que se hallaban mas prontos á caballo saliesen á reconocer y contener, á los que así parecia arrostraban; y temiendo que fuese principio de algun acontecimiento de mayor cuerpo, se tocó al arma, y comenzó á reconocer y fortificar sus trincheras con solo ochenta y cinco soldados que tenia por única defensa de la ciudad. Llegó Delgadillo, y vió que capitaneaba á dichos indios un cacique del pueblo de Ixcatlan, inmediato al paso del Rio, y requerido, respondió: «traemos, señor, presos á estos indios, que son del pueblo de Matlatlan, porque nos iban á convocar, para que estuviésemos dispuestos para impedir el paso del rio, al tiempo que llegasen á él, huyendo del asalto que están para darnos los indios del Teul, cascanes y demas naciones, que astán em-

peñoladas.» Es el caso que los del rio de Xuchipila, Xalpa, Tlaltenanco, Nochiztlan Mitic, Acatic y Tlacotlan, se confederaron con los de Matlatlan, para que tomasen la mano á fin de convocar á los comarcanos de la otra banda del rio, para que puesto que de ellos tenian confianza los castellanos, disimulasen su alzamiento y estuviesen prevenidos, para que en el paso del rio, cuando quisiesen salir en fuga de la ciudad, por el aprieto en que se les habia de poner, los acabasen; para que de esta suerte quedasen libres y señores de toda la tierra. Convinieron en la traicion los de Matlatlan, y aunque incitaron á los de Tonalá y Tetlan, se negaron, lo que no hizo el cacique de Atemaxac, que se llamaba D. Juan de Saavedra, quien con los caciques de Tequisitlan, Copala é Izcatlan, recibió bien la embajada; mas no faltó un ángel que descubriese la tramoya; tal fué nuestro D. Francisco Ganguilla, indio muy avisado, quien viendo que con embriaguez celebraban la última consumacion de los españoles, convocó á algunos parciales hasta ciento, y logrando la ocasion de la embriaguez de los convocadores, que serian treinta, los apresó y bien asegurados los condujo á la presencia del gobernador, el dia cuatro de Setiembre de dicho año de quinientos cuarenta y uno, y confesaron que en aquel mes habia de ser el mayor asalto, gobernándose por las lunas; y bien informado el gobernador de lo que convino, luego en aquel dia remitió por los caciques de los pueblos que asistieron á la convocacion, y el dia seis hizo justicia de ellos.

3. Y en cabildo abierto, representó el gobernador el estrecho en que se hallaba la ciudad, y que el remedio era esforzarse para la resistencia. Dividióse en opiniones: unos decian seria conveniente salir á bus-

car á los indios, dictámen que se despreció por ser tan pocos los nuestros, y estar muy esparcidos los enemigos: otros eran de sentir se mudasen á Tonalá; y del mismo modo se repelió, porque aunque no habian convenido en la convocacion, padecian la nota de no haber dado aviso de ella: otros persistian en el dictámen de desamparar el reino, especialmente algunos de los que eran recién plantados, como que acababan de llegar en el socorro de México; á que se opusieron Oñate, Fernando Flores, Cristóbal Romero, Miguel de Ibarra, Andrés de Villanueva, y en una palabra, todos los que habian derramado su sangre, y algunos de los del socorro de Alvarado y de los de México; y así se resolvió, que pues en la ciudad habia algunas casas fuertes, se escogiesen las mejores; que se uniesen cerrando las boca-calles, y se atronerasen para la artillería y mosquetería: luego lo pusieron por obra en las casas de Juan del Camino, Diego Vazquez y Juan de Castañeda: desbarataron otras casas paincipiadas para aprovecharse del adobe, levantando su fuerte, y por dentro pusieron barbacanas de madera, y se guarnecieron con buenas pavesadas, y á las dos esquinas ó ángulos opuestos, sacaron dos torreones, que defendiesen los cuatro lienzos del muro con sus pedreros: recogióse la pólvora, que eran dos barriles, repartieron las escuadras para la distribucion de centinelas de noche y dia, así para dentro de la ciudad, como para fuera explorarse.

4. Luego á los diez dias, empezaron los indios amigos, que salian por yerba para los caballos y por leña, á experimentar hostilidades de los indios de los pueblos inmediatos, que se tenian por amigos: salieron con órden de Oñate ocho soldados, á visitar el pueblo de Tlacotlan, que dista una legua, y no hallaron mas indios que un vie-

jo, quien les dijo: señores españoles, ¿qué buscais? ya todos se alzaron; con cuya noticia volvieron los soldados diciendo: visperas son de nuestro bien ó mal, pues los de Tlacotlan se han alzado. Comenzó el llanto de mujeres y niños, y mandando el gobernador se tocase á recoger para que toda la gente se alojase en el fuerte, hubo soldado que agavillado con otros, levantó la voz, diciendo ser temeridad persistir en la defensa de un lugar tan corto, de un país tan pobre; que en diez años no se le habia descubierto utilidad alguna; y que pues el reino de la Nueva-España era tan grande y ofrecia tantas comodidades, y ya sus indios estaban domesticados, mejor seria salir de la Galicia (tan para nada, pues ninguno habia medrado mas que perder su salud y el tiempo). Proseguia con todo fervor y eficacia, á tiempo que le interrumpió Oñate, la exhortacion diciendo: «ya no es tiempo de discursos todo hombre cristiano, de bien y de honra, tiene en sus acciones á Dios por objeto, y despues el aumento de su honra, la que se grangea en servicio del rey: á lo ménos, el fin que yo he llevado, es procurar reducir al gremio de la Santa Iglesia el crecido número de infieles que siempre hemos tenido á la vista; y si desistimos, se quedarán estos pobres en su infidelidad: el segundo motivo ha sido ampliarle al rey nuestro señor sus dominios, por cuyo medio en lo temporal, se eterniza la memoria, si como se emprende se lleva al cabo, lo ménos para mí, ha sido adquirir bienes, pues nunca en tierras tan extrañas nos han faltado lo preciso para sustentar la vida: si dejamos la ciudad, perdimos el trabajo de tantos años, y queda perpetuamente infamado nuestro nombre, y padeceremos el sonrojo de cobardes: primero perder la vida, derramando la última gota de sangre, que desamparar el go-

bierno que se me ha encomendado: ya tenemos las manos en la masa; la causa que defendemos es la de Dios y del rey; nunca mas gloriosamente podemos perder las vidas, y pena de ella, ninguno hable mas de la materia.»

5. Accion fué esta, que cada uno de los veteranos conquistadores la quiso predicar por suya; y cuando otros alegaron por mérito á su Magestad el Sr. Don Felipe II otras hazañas, Andrés de Villanueva representó haber sido el primero que en este conflicto habia firmado la obligacion jurada que hicieron en este dia, de perder primero la vida que desistir de la empresa, hasta dejar pacificada la tierra; y como en el peñol de Mixton estaba la mayor fortaleza de todo el reino, así que éste se pacificó, ocurrió pidiendo, que por blason de esta heróica accion se les diese por armas dicho peñol con un brazo alzado, empuñada una espada y un mote que exprese: *haré como siempre*; y se le despachó real cédula de la concesion de dichas armas, el dia veintiocho de Mayo de quinientos sesenta y cuatro. Prosiguió Oñate, diciendo: manos á la obra, y para que logremos el acierto, será bien desenojemos á Dios por medio de la penitencia.

6. De esta proposicion tuvieron materia bastante los bachilleres D. Bartolomé de Estrada y Alonso Martin, para exhortar á todos los soldados á una verdadera confesion: y estando ya toda la ciudad desolada, porque sus pocos moradores se acuartelaron en el fuerte, teniendo presente que el año de treinta y seis, dia veintiocho de Setiembre, se habian visto en igual conflicto por un asalto que en dicho dia les habian dado los indios de Noehiztlan, y como no esperado, los habian puesto en peligro; por lo que, reflejando en ser vispera de San Miguel, invocaron su proteccion, y con pocos

que salieron, hicieron que los enemigos desistiesen y se retirasen, lo que atribuyeron á la proteccion del glorioso arcángel; y por eso, desde entónces le juraron patron de la ciudad; acordándose, digo, de aquel beneficio, determinaron se hiciese rogacion á dicho santo, el dicho dia veintiocho, en el que comulgasen todos, como lo hicieron, dándole gracias por los beneficios recibidos, y por el auxilio que esperaban recibir con su proteccion en tiempo tan calamitoso.

7. Y estando Pedro de Placencia con otro soldado, de vigia en un cerrillo, vió que por todas partes, con gran silencio, se acercaban innumerables tropas de indios á la ciudad; bajó con presteza y entró hasta la iglesia dando voces, para que se tocase al arma; actualmente estaba acabándose el sacrificio de la misa, y comenzó el llanto de mujeres y niños, la confusion y el sobresalto aun de los soldados; de suerte que no se entendian las providencias que daba el gobernador. A este tiempo Beatriz Hernandez, mujer de Juan Sanchez Olea, y hermana del cura Br. D. Bartolomé de Estrada, alzando la voz, le dijo: «señor gobernador, V. S. se entienda con sus soldados y deje á mi cargo el capitanear á estas señoras; cada cual de vdes., deje de enjugar lágrimas de mujeres, y acuda á su ministerio.» De ver era á nuestra Doña Beatriz, arruñada (si bien con modestia y donaire), con una lanza ó bayoneta en la mano y un alfange corvo, pendiente de un tahalí, diciendo á las mujeres con gran cejo, que fuesen hombres: ahora veremos quién es cada cual, y las fué sacando para el fuerte, y en lugar destinado les dijo estaban seguras, y se hizo cargo de la puerta, y trató de disponer se les fuese llevando á los soldados el almuerzo, por estar en ayunas, y tales, que ni se acordaban de la necesidad. Repartió el gobernador la gente, guarneció

las dos puertas y torreones, dispuso la artillería; y luego, á las once del dia, los soldados de los torreones decian: en el nombre de Dios y de San Miguel, ya esto es hecho; y se dejaron ver tantos indios desnudos y embijados, que en distancia de media legua, por todas partes formaban un perfecto círculo que cubrian la tierra, descubriéndose penachos de plumas de distintos colores; iban armados de carcazes, arcos y flechas unos, y otros con rodela de palo y macanas; llevaban en estas (por banderas), parte de los hábitos de religiosos franciscanos, que habian muerto en diversos tiempos; en otras astas las capillas, y en otras, bandas, cueras y demas ropa de soldados, que habian muerto en las refriegas pasadas: tambien llevaban unos chuzos, que habian formado de medias espadas, dagas y cuchillos; otros iban ufanos con solo las guarniciones, morriones y demas armas, como blasonando de sus victorias; otros, por insignias enseñaban adargas, rodela, estribos; y por último, cuantos despojos de castellanos habian conseguido, y en las canales de la ciudad se suspendieron, y solo entraron hasta quinientos gandules robustos, que con toda ligereza corrieron por todas las calles de la corta ciudad, y no hallando en ella persona alguna, conocieron incluirse toda la gente en solo la fortaleza; y así salieron dando razon á los que habian quedado en el cerro; y á un tiempo, todos con un formidable alarido, se entraron de tropel, dando en los muros tan fuerte acometida, que se entendió los echasen en tierra.

8. Luego la artillería comenzó á hacer en ellos tanto daño, que causaba lástima, al mismo tiempo que se temia, por ser tanta la multitud. Apartáronse de la fortaleza, y luego se vieron arder las fábricas del lugar, especialmente la iglesia de donde sa-

caban arrastrando y profanando algunas imágenes, que no pudieron recogerse; y volvieron con furioso ímpetu sobre una de las puertas, de suerte que desquiciada, cayó en el suelo, y alentados, procuraban los de atrás empujar á los delanteros, quienes bien quisieran retirarse por el daño que recibían de los soldados, que en la misma puerta con chuzos y alabardas, los embazaban; mas no podían los miserables resistir el impulso de sus compañeros. En este combate, pudo un gandul entrar impelido de los otros, y no siéndole fácil librar de aquel estrecho, la misma vejación le ministró esfuerzo para internarse; y diez soldados, que con Juan Sanchez de Olea guardaban la puerta, no apreciando la entrada de aquel, pusieron su conato en levantarla, á tiempo que Beatriz Hernandez, que cuidadosa del

estruendo y gritería que oía en la puerta que estaba á cargo de su marido, fué para ella, y poniéndose en fuga el gandul para lo interior del fuerte, iba á antecoger á dicha Doña Beatriz, quien afijando el cuerpo sobre el asta de la bayoneta, que llevaba en la siniestra mano, descargó con la diestra con el turquesco tan récio golpe en la cabeza del gandul, que le puso en tierra, y largando la bayoneta le asió de la galleta, y fijando el pié sobre el indio, á dos golpes le dividió por el cuello, y arrojó la cabeza á los piés de Juan Sanchez de Olea, diciéndole: «ya he suplido vuestro descuido, mirad vos cómo cumplís vuestra obligación.» Si esta hazaña se hubiera hecho á vista del campo de los enemigos, no hay duda que llenos de terror, todos se hubieran puesto en fuga.

CAPITULO XXVII.

Prosigue la materia del pasado; cántase la victoria, y restablece el Consejo y Regimiento el juramento del patronato del arcángel Señor San Miguel.

1. Viendo los indios la repulsa que padecieron, se esforzaron, y pretendieron con palos agudos y gruesos de tepehuaje y encinos, horadar las paredes de adobe, que no les era muy difícil por ser muy deleznable, y no tan fuerte como el con que se fabrica en Guadalajara: la parte por donde lo intentaron fué por los muros, que quedaban atrás de la fachada del fuerte, y por eso eran mas débiles. Hallábase á la sazón el artillero mas diestro, refinando pólvora por haberse reconocido húmeda; mandó Oñate que del otro barril que estaba al sol se armasen los tiros, para ojear el lienzo por donde los indios se empeñaban para internarse, y al cabo de rato, cuando ya estaban casi dentro, y comenzaban á cantar la victoria, acaeció que con la turbación y priesa se pasó la pólvora, que en un comal al fuego se refinaba; de suerte que un jacal ó techo de zacate comenzó á arder, y aunque con presteza se acudió al reparo, no se conseguía, ántes sí la voracidad del fuego levantaba llamas, que al tiempo que á los nuestros daban que hacer, servían de aliento á los contrarios, quienes creían que aquel estrago era efecto de su triunfo, y ocurrieron atropados á la calle por donde supieron estar principiada la brecha. Daba Oñate prisa á Pedro Sanchez, que era un herrero gran fanfarron, que habia ido en el socorro de México, y se tenia por arti-

llero para que diese fuego para despejar la calle; y viendo que tardaba, subió al torreón en persona, á tiempo que el herrero le decía: «señor, héme cortado y no acierto;» entónces Oñate, alzando la visera y apartando á Pedro Sanchez, le dijo: «vuestro rajar y cortar nos ha puesto en términos de que los enemigos nos ganen la casa,» é invocando el nombre de Dios, pegó fuego con tanto acierto, que quedando en la calle muchos indios muertos, los demas se retiraron tan aterrizados, que no volvieron á acometer por aquella parte. Prosiguióse reparando con maderos la brecha y dándoseles batería con los pedreros, que hacían grandes estragos.

2. Pausó un poco el conato y alarido de los indios, los que fatigados se retiraban á las calles á descansar; mas no cesó el llanto de las mujeres y niños, sin que bastasen les órdenes del gobernador para que callasen, porque era darles ánimo á los indios. Decíales esperasen en Dios, en su Madre Santísima y en su patron San Miguel, que presto tendria buen fin el negocio. Andaba Oñate sin parar, reconociendo las puertas y las demas estancias del fuerte; mandó que no disparasen, puesto que habia alguna tregua, aunque no cesaban de llover flechas y piedras que arrojaban desde los patios y casas circunvecinas, con lo que lograban algunos tiros, escondiendo la mano,